

UNA VIDA DE ORACIÓN

Salmos 16:8 Todo el tiempo pienso en ti, Señor; contigo a mi derecha, jamás caeré.

EJEMPLOS MARAVILLOSOS

Nuestro mayor ejemplo de una vida de oración lo tenemos en Nuestro Señor Jesús, Él oró sin cesar, estuvo en comunión constante con el Padre y lo vemos en las Escrituras levantándose temprano a orar. Lo vemos pasando toda la noche en oración. Había una comunión constante entre Él mismo y el Padre.

Juan 12:50 Por lo tanto, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.

Esto demuestra una comunión constante con el Padre, esto es: orar sin cesar. Como Él solamente hablaba lo que el Padre le había dicho, Sus palabras eran Espíritu y vida, tenían capacidad de dar vida y regenerar el espíritu humano.

Juan 15:3 Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he dado.

Que maravilla y qué efecto tan grande sería que todos nosotros habláramos solamente lo que recibimos de Dios.

Hebreos 5:7 Mientras Cristo estuvo viviendo aquí en el mundo, con voz fuerte y muchas lágrimas oró y suplicó a Dios, que tenía poder para librarlo de la muerte; y por su obediencia, Dios lo escuchó.

Vemos que las oraciones de Jesús tenían una gran intensidad. Cuando Él oró, en varias ocasiones, hubo una gran agonía. Dice la Escritura que con gran clamor y lágrimas ofreció ruegos y súplicas. Cuando la Biblia nos dice que Él fue al monte de los Olivos y oró toda la noche, sin duda alguna, hubo muchas lágrimas, y gran clamor. Aunque no sabemos detalles de estas oraciones de Jesús, tienen que haber sido muy profundas y acompañadas de mucho dolor, Dios lo escuchó.

Antes de morir Cristo clamó con muchas lágrimas y suplicó, y Dios le respondió levantándolo de entre los muertos.

Hechos 2:22 Escuchen, pues, israelitas, lo que voy a decir: Como ustedes saben muy bien, Dios demostró ante ustedes la autoridad de Jesús de Nazaret, haciendo por medio de él grandes maravillas, milagros y señales. 23 Y a ese hombre, que conforme a los planes y propósitos de Dios fue entregado, ustedes lo mataron, crucificándolo por medio de hombres malvados. 24 Pero Dios lo resucitó, liberándolo de los dolores de la muerte, porque la muerte no podía tenerlo dominado.

La muerte no podía dominarlo, no podía vencerlo, por qué Dios lo escuchó.

Lucas 22:39-44 Jesús salió de la ciudad y, como de costumbre, se dirigió al monte de los Olivos, y sus discípulos lo siguieron. 40 Cuando llegaron al lugar, les dijo: «Oren para que no caigan en tentación.» 41 Entonces se separó de ellos a una buena distancia, se arrodilló y empezó a orar: 42 «Padre, si quieres, no me hagas beber este trago amargo; pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya.» 43 Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo. 44 Pero, como estaba angustiado, se puso

a orar con más fervor, y su sudor era como gotas de sangre que caían a tierra.

Aquí nos encontramos con Jesús en una experiencia agonizante, intensa que hace que el Señor Jesucristo sude y después comienza a sudar sangrar en ese mismo ambiente de oración. Esto es impresionante y tiene que impactar nuestra vida de oración.

Mateo 26: 38-46 nos dice que Jesús repitió esta oración tres veces, esto fue una larga oración, muy prolongada, tanto que sus discípulos se quedaron dormidos varias veces. Esto nos enseña el tipo de vida de oración que tenía Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando Jesucristo estuvo aquí en la tierra haciendo milagros y maravillas, no vemos ningún esfuerzo de parte de Él, solamente hablaba y acontecía. Cuando la mujer con flujo de sangre lo tocó, dice la Escritura que Él sintió poder salir de Él, pero no hubo esfuerzo para producir este milagro.

Fuera que Él estuviera dando vista a los ciegos, o dando sentido de oído a los sordos, o haciendo que pudieran hablar los mudos, o dando salud al cuerpo enfermo, o dando la capacidad de caminar a una persona que no podía caminar. O fuera que Él estuviera resucitando a alguien de los muertos, o fuera que Él estuviera alimentando a cinco mil hombres más mujeres, niños, o fuera que Él estuviera calmando una tormenta, o fuera que Él estuviera caminando en agua. No importaba lo que fuera. No hay registro de que hubo algún esfuerzo aparente, algún sudor, alguna gota de sangre en algún tipo de esfuerzo agonizante para hacer que eso sucediera.

Parece que no se involucró cansancio alguno, no hubo esfuerzo alguno. No le costó trabajo alguno hasta que llegamos a la oración. Y cuando Él oró hubo una agonía, hubo una carga en Su Corazón, en Su Ser mismo, que se manifestó en Su Cuerpo físico. Él oró en una agonía hasta la sangre, un nivel de intensidad nunca ante